

efectiva y a largo plazo, las especies insulares frente a cambios globales (fenómenos climáticos extremos, incendios forestales cada vez más frecuentes, pérdida acelerada de hábitats, etc.)

En sus 20 años de trayectoria, el Banco de ADN del Jardín Botánico Canario "Viera y Clavijo" ha sido una herramienta muy útil para la gestión y conservación de la biodiversidad de las floras insulares macaronésicas mediante la investigación científica rigurosa y la colaboración global.

De cara al futuro es crucial garantizar el apoyo en recursos humanos y financieros para el mantenimiento y enriquecimiento de sus colecciones. Esto permitirá

que el Banco de ADN siga adaptándose a nuevas necesidades de investigación y conservación de la biodiversidad, consolidándose como un recurso esencial en la conservación del valioso patrimonio natural de los archipiélagos macaronésicos.

RUTH JAÉN MOLINA^{1*} y JULI CAUJAPÉ-CASTELLS²

1. Depto. Biodiversidad Molecular y Banco de ADN. Jardín Botánico Canario "Viera y Clavijo"- UA de I+D+i al CSIC. Las Palmas de Gran Canaria, Canary Islands, Spain. *autora de correspondencia: ruthjaen@gmail.com
2. Director. Jardín Botánico Canario "Viera y Clavijo"- UA de I+D+i al CSIC. Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, Canary Islands, Spain.

In Memoriam

■ Dr. Ginés Alejandro López González (1950-2024)

La tarde del pasado día 23 de junio, de manera repentina e inesperada, falleció en su casa de El Encinar del Alberche (Villa del Prado, Madrid) mi amigo y maestro Ginés. Aunque han pasado pocos meses, me resulta difícil glosar su figura, cuando aún tengo el corazón dolorido por la pérdida de un ser humano que tanto me aportó personal y profesionalmente. Conocí a Ginés en 1984, cuando inicié mi carrera investigadora en el Jardín Botánico bajo la dirección de Santiago Castroviejo. El carácter empático y generoso de Ginés facilitó una intensa amistad solo interrumpida por su muerte. Recuerdo las gratificantes experiencias vividas en común durante los años ochenta y comienzos de los noventa del pasado



Figura 1. El doctor Ginés López durante una excursión botánica a Menorca en junio de 2007. Fotografía Juan A. Devesa.

siglo, cuando España despertaba del franquismo y se respiraba en el ambiente la apasionante, aunque no menos ilusoria, idea de que podíamos cambiar el mundo. Cómo olvidar las tardes que nos reuníamos en su casa para asistir a la proyección de las diapositivas que había tomado en sus viajes por el Orinoco o Los Andes, o aquellas otras en las que hacíamos pinitos con el violonchelo, la guitarra y, en el caso de Ginés, los instrumentos de percusión con los que disfrutaba como un niño. O su efectividad como pivó de Los Caricólogos, equipo de baloncesto con el que participamos, sin mucho éxito deportivo, en una liga de barrios de Madrid, o las excursiones por la geografía española, a las que debo buena parte de mi formación botánica. Ginés fue la persona que más me apoyó cuando decidí trabajar con el género *Carex*; a él debo la minuciosa revisión nomenclatural de la monografía de dicho género, aparecida en la revista *Ruizia*.

Ginés, nació el 3 de mayo de 1950 en Huércal-Overa (Almería). Los que le trataron durante su niñez y su adolescencia resaltan ya su brillantez y su originalidad, su inquietud y su pasión por el conocimiento, valores que le acompañarían

toda la vida. Andaluz de nacimiento y madrileño de adopción, comenzó sus estudios de Farmacia en 1967, con los que obtuvo el Premio Extraordinario de Licenciatura en 1973. Dirigido por Salvador Rivas Goday, inició sus investigaciones con una Tesis de Licenciatura sobre la flora y vegetación de la malagueña sierra de las Aguas. Su tesis doctoral "Contribución al estudio florístico y fitosociológico de la Serranía de Cuenca" le valió el Premio Extraordinario de Doctorado en el año 1977.

Estuvo vinculado a la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid entre 1972 y 1978, año en que ganó una plaza de Profesor en la Universidad Autónoma de Madrid, en la que se integró en el mes de octu-

bre. Su vocación esencialmente investigadora, su carácter poco sociable -con excepción del trato con sus más íntimos- y el enorme tiempo que ocupa la docencia universitaria estuvieron probablemente entre las causas de que opositara y ganara la plaza de Colaborador Científico del CSIC que convocó el Real Jardín Botánico, puesto que desempeñó desde 1979 hasta 1987, en que ascendió a Investigador Científico. Lamentablemente, a pesar de su ingente obra, los discutibles criterios de evaluación científica que se fueron imponiendo, así como la ¿miopía? de algunos colegas en la valoración de sus méritos, impidieron que pudiera acceder al cargo de Profesor de Investigación, aunque lo mereció por encima de muchos otros.

Ginés fue probablemente el activo más importante con el que contó el proyecto *Flora iberica*, al que aportó el tratamiento de géneros tan complejos como *Carduncellus*, *Gagea* o *Rumex*. Fuera del ámbito de dicha obra, contribuyó de forma rigurosa al conocimiento de géneros como *Arenaria*, *Narcissus*, *Satureja* y *Spergula*, entre muchos otros, y sus trabajos sobre Linneo lo convirtieron en uno de los referentes

mundiales de la obra linneana. Sus celebrados libros sobre árboles y arbustos de la península ibérica y Baleares, magníficamente ilustrados, y que se cuentan entre las mejores obras divulgativas publicadas en castellano, muestran sin duda el compromiso de Ginés con la sociedad. Él supo conjugar como pocos el rigor científico de esas obras con un lenguaje asequible para todos. En conjunto, publicó 195 artículos y libros, y es autor de 197 nombres de plantas. Estuvo trabajando hasta el final, y hacía tan solo unos meses que había aceptado contribuir al catálogo de la flora ibérica que un nutrido grupo de botánicos, coordinados por Llorenç Sáez, estamos llevando a cabo con objeto de actualizar la nomenclatura y la clasificación de las plantas vasculares que habitan en la península ibérica, a la luz de las filogenias moleculares y las monografías recientes.

Desde el punto de vista personal, fue un ser humano extraordinario y, como tal, con sus grandezas y sus contradicciones. Entre las primeras destacamos su enorme generosidad con todos los que le consultaron, haciendo siempre gala de una humildad que solo el sabio es capaz de poseer.

Vivimos un tiempo apasionante desde el punto de vista del desarrollo de la clasificación de los seres vivos. La incorpora-

ción de técnicas de investigación impensables hace unas décadas, como es el caso de la secuenciación masiva del ADN o las herramientas bioinformáticas, están revolucionando la Taxonomía y acercándonos al objetivo de obtener clasificaciones acordes con la historia evolutiva de la vida. Las nuevas generaciones de botánicos no deberían olvidar que sus artículos “de alto impacto” deben mucho a los grandes botánicos que los precedieron, como el que ahora despedimos con tanta tristeza. La formidable intuición taxonómica de Ginés, su rigor científico, su prodigiosa memoria, su interés por ponerse al día sobre los avances en sistemática vegetal y su pasión por el conocimiento de las plantas deberían ser un referente para esas nuevas generaciones. La historia pondrá a nuestro querido maestro y amigo en el lugar que se merece. Fue en mi opinión el botánico español más relevante de su generación y, junto a Carlos Pau, Pio Font Quer y José Cuatrecasas, uno de los más eminentes de todo el siglo XX.

Descanse en paz.

MODESTO LUCEÑO ■
Catedrático de Botánica de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

In Memoriam

■ Manuel Laínz Gallo, S.J. (1923-2024)

El pasado 20 de julio, a los 101 años de edad, falleció el padre Manuel Laínz Gallo en la residencia de Villagarcía de Campos (Valladolid), a la que el jesuita santanderino se había trasladado cuando, hace seis años, su salud se deterioró hasta el punto de hacerle imposible seguir residiendo en Gijón, ciudad asturiana desde la que había desarrollado, a lo largo de más de seis décadas, el grueso de una carrera investigadora tan original como trascendente.

La figura del P. Laínz es ejemplar, ante todo, por su celo documental, el afán casi obsesivo por “beber de las fuentes y no de los charcos”; todo ello en unos tiempos –las décadas entre 1950 y 1980, por acotar el periodo en el que se fraguó su prestigio como investigador– de precariedad tecnológica hoy casi inconcebible: sin correo electrónico, sin bibliotecas ni herbarios digitales al alcance de la mano, sin cámaras digitales, o ni tan siquiera fotocopiadoras. Acudir a las fuentes equivalía a fatigosos viajes por Europa a bordo de trenes de baja velocidad, a maratónicas jornadas de transcripción manual y a una incesante actividad epistolar dirigida a establecer una amplia red de corresponsales europeos que le ayudaban a consultar bibliotecas y herbarios demasiado distantes.

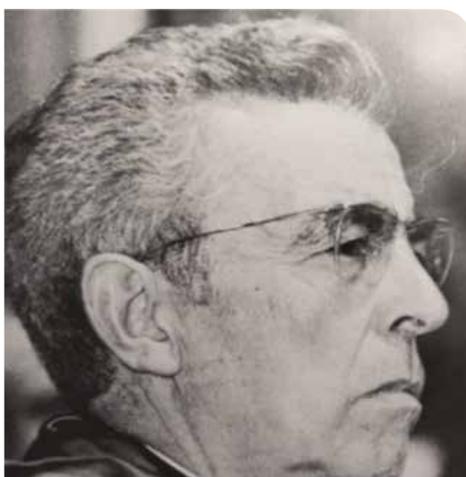


Figura 1. Laínz en 1985, durante su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Oviedo

El éxito de la carrera de Laínz, subrayémoslo, debe mucho a su orden religiosa: a su sólida formación académica (pensemos, por ejemplo, en las lenguas clásicas y en varias lenguas modernas europeas, claves para consultar con provecho todas esas fuentes documentales y para mantener su red de corresponsales), se sumaron las ventajas logísticas que las residencias de la Compañía de Jesús representaban para sus viajes y, sobre todo, la clarividente decisión de sus superiores de, ya en 1965, eximirlo de la docencia y permitirle dedicarse plenamente a la botánica. Los convenció la evidente seriedad de su trabajo y la creciente repercusión internacional de sus publicaciones, las primeras de las cuales

merecieron elogios encendidos de Pío Font Quer. Y es que, aunque fundamentalmente autodidacta en lo que a la botánica se refiere, en el P. Laínz puede verse en buena medida un discípulo del botánico catalán, a quien trató desde 1950 y cuyo entusiasta apoyo fue decisivo para que nuestro joven jesuita creyese en sus posibilidades y se decidiese a plantar cara en el frente botánico.

Me sirvo a conciencia de este símil militar porque –en parte por la inclinación fundacional de la Compañía, en parte por su perfeccionismo intrínseco, y en parte por sus circuns-

tancias históricas-- la actitud científica del P. Laínz fue muy combativa, algo que se entiende mejor, creo, como una forma de patriotismo: consciente de la debilidad de la botánica española, agravada por las precariedades de la posguerra y el consiguiente afianzamiento de actitudes utilitaristas hostiles a la botánica pura, se vio poco menos que llamado a defender la plaza no solo ante extranjeros advenedizos atraídos por la riqueza excepcional de nuestra flora, sino también frente a autores españoles que, al descuidar los más mínimos estándares de rigor nomenclatural y taxonómico, desprestigiaban gravemente, a sus ojos, la botánica del país. Este afán por erradicar cualquier sombra de colonialismo paternalista y por expiar los pecados autóctonos explica el peso que la perspectiva histórica adquiere en sus investigaciones. Naturalmente, atrajeron su atención sus predecesores jesuitas, entre los que destaca el P. Merino, figura esencial para el conocimiento de la flora de Galicia, una de las especializaciones secundarias de Laínz.

Llegado el caso, lo cierto es que criticó sin arredrarse, en los términos más enérgicos, a los tirtos y a los troyanos de la botánica institucional española, lo cual le acarreó múltiples desencuentros que, si no lograron detenerlo, fue merced al sustento material garantizado por su orden y a pequeños apoyos económicos esporádicos a cargo de instituciones periféricas como el Instituto de Estudios Asturianos y el Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias.

Estas turbulentas relaciones con la botánica académica mantuvieron al P. Laínz al margen de las instituciones hasta que, cumplidos los 60 años, el recordado Santiago Castroviejo lo reclutó como editor general de "Flora iberica", función que desempeñó hasta su jubilación en 1996. Codo con codo trabajó entonces con, entre otros, el hoy llorado Ginés López González, su querido Félix Muñoz Garmendia y el añorado Pedro Montserrat, una figura casi coetánea, de enfoque muy dispar pero, en buena medida, complementaria de la suya. El propio Castroviejo, en palabras que vienen a condensar mis párrafos previos, describió así la importancia de nuestro hombre: "Su extremado espíritu crítico, molesto para muchos, ha servido en gran cantidad de casos de aliciente para que los que empezábamos trabajásemos con mayor rigor y profundidad, en momentos en los que la ligereza era norma".

La severidad documental y terminológica --hasta de inquisitorial se la ha tachado-- es, en efecto, el rasgo más conocido e influyente de la actitud científica del P. Laínz. Pero no fue un mero ratón de herbario y biblioteca, guardián de arcanas tradiciones nomenclaturales: hizo, por ejemplo, muchos esfuerzos por incorporar métodos novedosos en España, sobre

todo los relacionados con recuentos cromosómicos (así arrancó, por cierto, su estrecha colaboración con Javier Fernández Casas); y, sobre todo, trabajó muchísimo en el campo, en su *barrio* (a saber, los territorios ibéricos noroccidentales, al norte del Duero), donde herborizó de manera selecta y minuciosa desde 1945. En estas recolecciones, y este es otro de los fuertes de la carrera del P. Laínz, también participaron, en una suerte de ciencia ciudadana *avant la lettre* que dice mucho de su raro atractivo personal, numerosos colaboradores entusiastas, reclutados sobre todo de los ámbitos de la farmacia y del montañismo (y es que las excursiones colectivas de los grupos de montaña aliviaron aquellas hoy inimaginables dificultades para el transporte).

Para dar nombre a sus plantas (o concluir que era preciso acuñar uno nuevo), se sirvió, viajes aparte, de su red de corresponsales, la cual aportó a su herbario, mediante intercambio, materiales de cotejo todo lo locotípicos que le fue posible --precaución básica que, frente a la irresponsable credulidad que suele plagarlos, bueno sería que adoptasen muchos estudios filogenéticos actuales.

Su obra la componen más de 300 piezas, algunas completadas pasados los 90 años de edad. Las más son breves, misceláneas y escritas en un estilo inconfundible que, alejado adrede de las convenciones, combina una prosa muy trabajada, de concisión casi críptica a veces, con una profusión abrumadora de referencias bibliográficas. A las adiciones -- en esencia, novedades corológicas (muy numerosas), taxonómicas (57 propuestas, defendibles aún hoy en un 70 %) y nomenclaturales (más de 250 propuestas, si bien solo un 25 % serían hoy vigentes)-- se suman, decíamos, multitud de apostillas críticas.

Su herbario (unos 50 000 pliegos) y su biblioteca, cedidos al ayuntamiento de Gijón, se custodian en el Jardín Botánico Atlántico.

Corro, lo sé, el riesgo cierto de que el espectro socarrón del reverendo se pitorree de mi temeraria impericia, pero aun así me atrevo, a modo de cierre, a adaptar --desde el más emocionado de los afectos, la más sincera de las gratitudes y la más honda de las admiraciones-- el célebre verso elegíaco de Catulo:

Atque in perpetuum, pater, ave atque vale.

LUIS CARLÓN RUIZ 
 Conservador científico. Jardín Botánico Atlántico
 Avda. Jardín Botánico, 2230.
 33203 Gijón (Asturias)